

La muerte en el siglo XXI

Aurora Roldán Olmos* / Luz María Roldán Olmos**

* Universidad Autónoma de Puebla

** Instituto Nacional de Antropología e Historia

RESUMEN

Las costumbres funerarias son un conjunto de creencias y tradiciones que identifican a una sociedad. Representan la memoria colectiva del pasado, donde se plasman elementos simbólicos en un tiempo y espacio específicos, transmitidos a las futuras generaciones. La cultura material relacionada con esas tradiciones funerarias fue muy rica en el pasado, al abarcar los espacios que conforman los cementerios y panteones, donde se exponen tanto arte formal como popular, así como arquitectura y esculturas representativas de una época. La riqueza inmaterial también es parte de la cultura de la muerte. Sin embargo, en el siglo XXI esto ha cambiado con rapidez, desde los espacios hasta el tratamiento de los cuerpos, debido a la influencia de la situación económica y social, con lo que surgen fenómenos determinados en ese contexto histórico-cultural.

Palabras clave: Costumbres funerarias, creencia, tradición, cultura, muerte, arqueología.

ABSTRACT

Funerary customs form a system of beliefs and traditions that identify a society. They represent the collective memory of the past that captures symbolic elements of a certain time and space, passed down to future generations. The material culture related to these funerary traditions was extremely rich in the past, set in cemeteries where formal and folk art, and architecture and sculpture representative of a period were visible. Intangible riches are also a part of the culture of death. However, in the twenty-first century, this scenario has been rapidly changing, ranging from the spaces of activity to the treatment of corpses, stemming from economic and social considerations, which have led to specific phenomena in this new historical and cultural context.

Keywords: funerary customs, beliefs, tradition, culture, death, archaeology.

Introducción

En la actualidad, un interés en los fenómenos relacionados con la muerte ha sido evidente en el desarrollo de muchas disciplinas sociales. La muerte es lo más seguro que tenemos, dicen las voces populares, pero la verdad es que el ser humano siempre se ha impresionado con el fenómeno de la pérdida de la vida de un semejante. La gran variabilidad de reacciones culturales ante su impacto, así como de prácticas mortuorias, es un importante tema de muchas investigaciones.

La concepción de la muerte y las prácticas mortuorias que se desarrollan en una sociedad están determinadas por varios factores, entre otros sociales, económicos, tecnológicos e ideológicos, que coexisten en un tiempo y lugar determinado. El estudio de las costumbres funerarias nos permite conocer el grado y complejidad de la sociedad que las expresa y, en cuanto al individuo, nos dará idea de la posición social y el papel que desempeñaba el occiso.

Arqueología

En arqueología, los contextos funerarios proporcionan información de acuerdo con el tratamiento que se le da al difunto; con base en la cultura material que presenta en cuanto al entierro y el ritual, reflejan el lugar que ocupaba en vida dentro de la estratificación social o rango que ocupaba en su comunidad y el tipo de organización de la sociedad.

O'Shea menciona que las actividades funerarias han sido consideradas fenómenos sociológicos y arqueológicos, al proponer un cuerpo teórico donde las regularidades conductuales se relacionan con prácticas funerarias, así como con la formación y recuperación de procesos expresados en manifestaciones arqueológicas a partir de cuatro principios básicos que dan coerción y operan en la variabilidad mortuoria en el contexto arqueológico:

1. Todas las sociedades emplean algún procedimiento o conjunto de procedimientos regulares en el tratamiento de la muerte.
2. Una población muerta exhibirá las características demográficas y fisiológicas contenidas en la población viva.
3. Dentro de un sistema de enterramiento, cada entierro representa la aplicación sistemática de una serie de prescriptivas y proscripivas directrices relacionadas con lo individual.



4. Los elementos combinados dentro del contexto mortuario de un entierro habrán sido contemporáneos de la sociedad viviente en el momento en que ocurrió el entierro (O'Shea, 1984: 33-37).

El autor menciona que estas consideraciones se pueden aplicar a un amplio rango de metodologías al hacer análisis mortuarios, y proporcionan un procedimiento de observaciones etnográficas que pueden ser modeladas como fenómenos arqueológicos y viceversa (*ibidem*: 32).

Sin embargo, el autor consideró también que en las conductas funerarias se observan transformaciones en las expresiones simbólicas plasmadas en categorías de diferenciación social reflejadas en las prácticas que se llevan a cabo frente a la muerte de un individuo, y que esas constantes se pueden aplicar a las sociedades actuales (*ibidem*: 30). Las expresiones simbólicas han sido estudiadas formal e iconográficamente a través de la historia del arte.

Por otro lado, los rituales que se llevan a cabo para las exequias del difunto son susceptibles de una manipulación ideológica dentro de las estrategias sociales (Parker, 1982: 100), ya que se da una interpretación de la muerte en términos de las relaciones



sociales entre grupos en competencia y en la práctica son una forma de desplegar riqueza, fuerza y estatus. En las sociedades capitalistas estas relaciones de interdependencia entre individuos o grupos constituyen las prácticas sociales que se establecen en sistemas de dominación legitimados por una ideología al servicio del grupo dominante.

Particularmente en nuestro país, tanto la muerte como las costumbres funerarias han ido cambiando con rapidez en el siglo XXI, con una fuerte influencia de la economía y una problemática social donde confluyen factores de carácter político, cultural, religioso y científico. Estos cambios afectan en cierta manera el patrimonio material e inmaterial.

En arqueología (O'Shea, 1984: 39), las siguientes categorías son utilizadas para el estudio de contextos funerarios y la variabilidad en sociedades pasadas, y nos sirven además para analizar los fenómenos que se presentan en la actualidad:

1. Características biológicas, en este caso la edad y el sexo.
2. Preparación y tratamiento del cuerpo, que trata de la forma de disponer el cuerpo –cremación, inhumación–, que son las formas actuales –en algunos lugares de nuestro país se lleva a cabo la exhumación y el reentierro.



3. Preparativos funerarios: variedad de receptáculos: en sepulturas sencillas, de diversa forma y dimensión o con la presencia de aditamentos; en sepulturas elaboradas tanto en diseño como en construcción, materias primas, variaciones estilísticas; y en receptáculos colectivos –en este caso criptas familiares.
4. Ofrendas: cantidad, calidad, variedad y en algunos casos procedencia.
5. Ubicación del área en relación con otras áreas sociales u otras áreas de enterramiento.

La muerte en el siglo XXI

En las sociedades occidentales hay un rechazo a la muerte (Thomas, 1991: 56): se le oculta a los niños, se tiende a aislar a los moribundos, así como a la desritualización, y existe una profesionalización en cuanto a las prácticas funerarias de preparación y amortajamiento del cuerpo. Determinados actos en relación con el muerto, como amortajar el cadáver, son cosas que los familiares ya no quieren hacer: se paga por todo tipo de servicios relacionados con la muerte. Aparece así la profesionalización, especialización y burocratización de la muerte, que recaen en organizaciones creadas



para esas funciones. Sin embargo, en zonas rurales y semirurales de nuestro país estas actividades, determinadas también por la situación económica y la falta de servicios funerarios –velatorios, capillas, etc.–, aún recaen sobre la familia.

A pesar de creer en una vida posterior a la muerte, y que debe de conservarse el cuerpo para esperar el día del Juicio Final, siempre es más barato cremar nuestros despojos mortales. Con la doctrina cristiana las tumbas son lugares de reposo transitorio hasta el día de resurrección.

Por eso las tumbas han sido elaboradas con gran lujo, incluso esculpidas por artistas, con sentidos y amorosos epitafios plasmados sobre ellas en memoria del difunto. En el siglo XIX, influidas por el romanticismo, se crearon en México verdaderas obras de arte. Algunos de los panteones de la época, como el de San Fernando en la ciudad de México –en funciones entre 1832 y 1871– y el de Belén en Guadalajara –fundado en 1848– ahora son museos. Una problemática actual en algunos cementerios todavía en uso es que la dinámica de la necesidad de inhumaciones tiende a afectar los espacios, sobre todo donde se encuentran tumbas de los siglos XIX y XX, las cuales no son restauradas ni consolidadas por falta de recursos. Se trata de secciones históricas casi desaparecidas, lo cual afecta al patrimonio cultural de nuestro país.



El arte funerario ha evolucionado y ha sido ampliamente estudiado por los historiadores del arte, a partir de una iconografía conformada por antorchas, las letras de alfa y omega, obeliscos truncos, ramas de sauce y esculturas femeninas de apacible belleza.

Ahora los temas son ángeles y otros íconos cristianos como Cristo, la Virgen de Guadalupe y cruces, que evocan el acompañamiento del alma y temas de redención. La diferencia la dan los acabados y materiales, los cuales van desde azulejos y mármol hasta cantera, según los recursos de los dolientes. En general, desde el siglo pasado las tumbas se han ido estandarizando y ha ido apareciendo una iconografía popular en los cementerios.

Las formas que se dan en las tumbas de los cementerios actuales son una expresión humana real, plástica, con características creativas que se pueden considerar como arte popular. Lo popular es definido por Kubler (1979: 11) como “a) un arte que retrata, de manera familiar, cosas y acontecimientos cotidianos, en vez de símbolos recónditos; b) un arte que casi a todos les gusta; c) un arte vinculado con el pueblo, más bien que con una élite. El primer significado se relaciona con la iconografía; el segundo, con la historia del arte, y el tercero pertenece a la historia de las clases sociales”.



Este es el paisaje que observamos en un cementerio: en un primer grupo, tumbas adornadas con cruces, jarrones, nichos y plantas se contraponen con otras más antiguas y de simbología masónica o cristiana: hojas de palma, antorcha, áncora, de origen e iconografía complejos. En otro grupo son comunes las formas religiosas, como vírgenes y ángeles. Por último están las tumbas con motivos relacionados con el juego de fútbol o de héroes creados por los medios de comunicación (Roldán, 2013).

Lo popular, por tanto, podría definirse a partir de las cosas cotidianas que nos rodean. No es que carezcan de valor, pues tanto los tipos de expresiones “cultas y populares” forman parte de los significados, del gusto y de las clases sociales. Y en tanto los objetos cumplen una serie de funciones sociales complejas, desde una apreciación estética, de culto, o simplemente de gusto personal, son importantes por la población que representan y los significados culturales, filosóficos y cosmogónicos contenidos en ellos. Los objetos de arte popular aparecen en las tumbas de los infantes, como rehiletes, juguetes y flores de plástico, entre otros que quizá intentan alegrar el alma inmortal del ser querido.

Los objetos que decoran las tumbas se relacionan con las ofrendas colocadas en honor al difunto, desde grandes altares hasta pequeñas capillas. Se ofrendan con



cariño cosas que le gustaban en vida, como cerveza, alcohol y cigarros. Y, entre otras cosas, su fotografía honrará su memoria con gran respeto.

Los cementerios

En cuanto al espacio de enterramiento, también hay fenómenos que van cambiando y donde coexisten lo globalizado y lo tradicional. No existe una clasificación de los cementerios, pero podemos hablar de los rurales, ubicados en cada pueblo o comunidad tradicional en nuestro país, y de los panteones urbanos. Algunos se ubican en la periferia de las ciudades y son tanto urbanos como rurales, los cuales se distinguen por haber conservado sus tradiciones.

En función del lugar donde se ubican, podemos señalar que si están en una ciudad se trata de cementerios antiguos, y por lo general en uso; además, buena parte de su espacio acoge sepulcros de arquitectura antigua y en otra parte se ofrece servicio a la población actual, donde casi siempre predominan los trabajos de albañilería, cruces de metal y vaciados en serie de cemento o granito.



Cuando se hacen estudios de los cementerios se enfatiza en su restauración o conservación. Por lo regular se trata de panteones antiguos, considerados con cierto valor artístico o estético, y nadie se preocupa por conservar las áreas populares, los espacios que día tras día reciben a los nuevos residentes. En las secciones más antiguas pueden encontrarse mausoleos incluso traídos de Italia; otros fueron hechos en serie, y el tiempo y los pocos recursos para su mantenimiento han provocado su desaparición paulatina. En algunos no se logró conservar ni siquiera un dato de su origen o una sola imagen. La gran necesidad de inhumaciones ha provocado que, de manera consciente o inconsciente, se vaya haciendo espacio para los nuevos enterramientos al originar la desaparición de los antiguos, espacios que ya nadie reclama (*idem*).

Formas emergentes en las necesidades funerarias

Se recurre a la incineración con más frecuencia tanto entre gente de bajos recursos como con mayor capacidad de apropiación, por lo cual resulta cada vez más frecuente usar columbarios o nichos. En general la gente no tiende a considerar sagrado el lugar donde reposarán sus difuntos; por ejemplo, los panteones con “apartamentos” a cielo abierto, como edificios donde la madre tierra no nos acogerá como la última morada. Hay también cementerios en forma de jardín, que presentan lápidas idénticas para todos los residentes. El aumento de población ha motivado una tendencia a la homogenización y estandarización de formas y materiales. En la muerte seremos uno



más para descansar. Ya no hay imágenes, tampoco iconografía. Son los paisajes de las grandes ciudades, en contraposición con los cementerios rurales o semirurales, donde las expresiones consideradas de arte popular son las más frecuentes, lo cual también se debe a la economía más lastimada de nuestra sociedad.

En el México del siglo XXI se presentan muchos fenómenos sociales, económicos y culturales que van cambiando rápidamente, incluso los relacionados con la muerte, todos los cuales merecen un estudio particular y profundo.

Los rituales de muerte, las oraciones, los cantos, forman parte de las tradiciones intangibles que se van olvidando. Por ejemplo, el levantamiento de la Cruz después de nueve días de la muerte del

individuo ya no se realiza, pues los servicios funerarios han sustituido el velorio en los hogares. Actividades que forman parte de la fase liminal de duelo y aceptación de la pérdida de un ser querido, que eliminan la angustia y alejan la muerte, no es común que se realicen ya en la sociedad moderna.

Conclusiones

Entre lo más impactante en el siglo XXI –no sólo en lo correspondiente a lo funerario, sino en todos los ámbitos de las sociedades– se encuentra la estructura económica que de manera visible nos da un mundo globalizado. En la modernidad existe una tendencia hacia la universalidad de las cosas. Se trata de un mundo conectado por redes que permiten la conciencia colectiva, el arte de masas, sencillo, entendible, siempre capitalizable.

En las economías, sobre todo de los países del llamado tercer mundo, se siguen los lineamientos marcados por los medios de comunicación poderosos, donde costumbres y ritos son sustituidos por mercancías, con lo cual las sociedades pierden una

gran parte de su identidad y de su patrimonio tangible e intangible. Por tanto, será conveniente contrarrestar en algo estos fenómenos y empezar a estudiar el universo de la muerte en las sociedades.

Siempre se repite la concepción trillada de que el mexicano se burla de la muerte, que se ríe con ella, que le “pela los dientes”. La verdad es que tiene miedo del más allá, pero lo importante es que, a pesar de la influencia occidental, las creencias religiosas y culturales en México en relación con la muerte se siguen con respeto y reverencia.

Siglo XXI: el futuro nos presenta nuevas formas de disponer de un cadáver: desde convertirlo en un contenedor para un árbol o un contenedor ecológico en el mar, hasta un viaje al espacio dentro de una hermosa forma de cristal, hasta una valiosa joya. Tal podría ser el destino de nuestras cenizas.

Bibliografía

- KUBLER, George, *Las artes nobles y llanas, la dicotomía entre arte culto arte popular*, México, UNAM, 1979.
- O'SHEA, John M., “Social Configurations and the Archaeological Study of Mortuary Practices: a Case Study”, en R. CHAPMAN, I. KINNES y K. RANDBURG (eds.), *Archaeology of Death*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- _____, *Mortuary Variability. An Archaeological Investigation*, Orlando, Academic Press, 1984.
- ROLDÁN OLMOS, Aurora, “La iconografía popular en algunos cementerios”, en *Memorias del XIV Encuentro de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales*, México, en prensa.
- THOMAS, Louis-Vincent, *La muerte, una lectura cultural*, Barcelona, Paidós (Studio, 87), 1991.